

Costearlo por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES. 2.

No se devuelven los originales

Dios duerme ...

Los crímenes sindicalistas cuando como la mala yerba.

No pasa día sin que podamos contar alguno.

Este poder infernal que se desata del seno de una sociedad prevaricadora avanza paso a paso; pero con tal seguridad, que ya no solamente se hembra con el legítimo poder del Estado, sino que le sobrepasa en mucho.

Seguramente que el Estado español no ha decretado en el último año ni la décima parte del número de penas de muerte que el sindicalismo.

Y con esta diferencia: que en las sentencias dictadas por los poderes legítimos, siempre cabe, y casi siempre se consigue, el indulto, mientras que en los crímenes sindicalistas no hay esperanza de salvarse de la garra de la fiera.

Los crímenes de Valencia y los de Zaragoza son los últimos más sonados: seis víctimas, pertenecientes a las más distinguidas clases sociales.

Parece que Dios duerme. Si,

Y esta misma frase es la que empieza la Sagrada Escritura.

Dios debe obrar la causa segunda; y respetar la libertad humana como la propia libertad.

Tan indefectible es el cumplimiento de las leyes morales, como el de las leyes físicas. Ni puede cortarse el pedúnculo del fruto así que éste, atraído por la gravedad, caiga hacia abajo; así una sociedad prevaricadora puede dejar de pagar en esta vida sus pecados, ya que los sociedadarios, al contrario que las personas, carecen de alma inmortal y no tienen más vida que esta temporal, en la cual han de saldar con Dios todas sus cuentas.

Dios duerme por que las sociedades que se apartaron de Cristo vean con claridad cuáles son los caminos nuevos que ellas mismas han elegido.

El clásico y cristiano gremio de la tradición española, con representación en la Iglesia y en el Estado, ha sido su tantado por un sindicalismo informe, enemi-

go de la Iglesia y del Estado, enemigo de todo orden y sola mente comparable a un perro rabioso.

Dios duerme, dejando sentir el latigazo de su ira, para que los ricos sin caridad despierten y sepan que el pobre es su hermano, como hijo de un mismo Padre celestial; y los pobres sin religión se percaten de que el abuso contra la propiedad privada y la incansante carestía de las subsistencias son el fruto óptimo que puede cosechar de la infeliz semilla que siembra la maldita Revolución.

¡COMO SI TAL COSA!

Niños, al cine ...

Comprendemos bien los apuros de una madre al tener que elegir entre el sí de la debilidad, que llenará de alegría a sus hijos y el no de la fortaleza, que los pondrá mohinos y cabizbajos. Pero lo que no comprendemos es que una madre cristiana o un padre cristiano puedan de tal modo traicionar su conciencia, que a las peticiones contesten con esa concesión, que es criminal por su misma amplitud: «Id al cine hijos míos, a ver si os divertís mucho, pero no volváis demasiado tarde».

Y allá van los niños y las niñas, anhelosos de emoción, a ver, a ver muchas cosas; a ver apaches que se tirotean; ladrones que huyen en automóviles; trenes que descarrilan; criminales que roban; tenorios que raptan; mujeres desvergonzadas que urden historias escandalosas; escenas de taberna y de burdel... todo eso van a ver los angelitos con la venia de sus papás, que han creído premiar su buen comportamiento del día o su aprovechamiento en el colegio con aquella frase por ellos tan suspirada: «Id al cine, hijos míos».

El Rosario

No soy viejo, pardiez, más ya comiendo la enorme diferencia que separa los tiempos que hoy vivimos

y aquellos más remotos de la infancia. Aún vivo está en mi mente aquel recuerdo

de esa edad sosegada; aún vive en mi memoria aquella escena tan noble, tan castiza y tan cristiana y aún veo como el sol tras los pinachos va escondiendo su disco de escarlata, cómo torna a su nido la cigüeña rasgando el cielo inmenso con sus alas.

Y siento aquel tañido melancólico con que despide al día la campana, tañido que recorre la campiña que en el éter sutil se desparrama, que gime en lo frondoso del bosque y muere en la quietud de la montaña.

Y siento la cencería del ganado que vuelve a la tenada, la canción campesina de los mozos que dan suelta a las penas de las almas y cantan sus amores, sus penas y venganzas, en cantos que son recios, en coplas que son bravas.

Y veo allá, en el fondo de la cocina grande y sosegada, la tranquila silueta del abuelo, del viejo patriarca, del jefe de la tribu campesina del amo de una hacienda castellana.

Silenciosos ocupan el espacio los hombres de la casa, a sus pies se acurrucan las mujeres que dejan sus labores fatigadas y los chicos muy cerca de la lumbre que crepita tranquila y sosegada se tienden a dormir a pierna suelta, mientras el viejo empieza la plegaria, y hace sobre su frente ya rugosa la señal de la Cruz bendita y santa.

—Padre nuestro—murmura una voz triste y cansada—

—Padre nuestro—repiten otras voces más dulces y más claras— y suenan susurantes,

las rítmicas plegarias saturadas de fé noble y piedad, de amores y esperanzas.

¡Religión de mis padres!

¡Fe de aquellas edades ya pasadas!

¡Tú que hiciste las almas de los hombres firmes recias y sanas: aún los pechos te adoran, aún vives en las almas aún late en las cuentas del rosario, que estrecha el venerable patriarca;

...Cesaron ya las voces, las gentes se levantan, el viejo en su sillón claveteado su noble mano aarga,

y en ella aquellos hijos van posando un óculo de amor y de esperanza, y en é la vap dejando los criados, que salen de la estancia otro de reverencia y de respeto de lealtad y sumisión y gracias...

Y salen silenciosos, y cruzan los corrales de la casa, y el pastor junto al haro enmudecido, y el mozo en un rincón de la colana con los cuerpos tranquilos y serenos las almas,

duermen en sus camastros suavemente, hasta el risueño clarear del alba.

ISAAC M. GARCIA

La Moda Indecorosa

Muchas mujeres honestas no se avergüenzan de ser las sacerdotisas de la carne y propagan su culto por el mundo, excitando la sensualidad humana con trajes provocativos, que el buen sentido público hasta profano, reproba.

Andan ellas por el mundo escondiendo las humanas concupiscencias, y lo que es peor, entre ellas las hay cristianas, y hasta que comulgan con frecuencia.

Y Venos y Jansoristas no pueden reinar en el mismo corazón.

Y ellas que andan por la tierra como dioses carnales buscando los ojos de sus adoradoras, no piensan que, dentro de poco, el hermoso simulacro, la figura elegante y pretenciosa, que es un engaño, una ilusión, no puede ser principio de felicidad ni de gozo duradero.

No piensan que dentro de poco, que la figura tan alabada, tan adorada por los hombres carnales, será un montón de corrompida materia, que habrá de apartarse de la vista de los hombres por hedionda, que apartará con su horror, que no tendrá más caricias que la de los gusanos que la festejarán para devorarla.

TOMAS DE

La vejez de Edison

Hace poco celebró Edison su centenario y su aniversario natalicio.

Recordaba su familia y sus cincuenta colaboradores.

—Si hoy tuviese que comenzar mi labor de tantos años—decía—, no me hubiera sido posible obtener los resultados alcanzados.

—¿Por qué?—le preguntaban de los presentes.

—Porque lo hubiera impedido la disposición que establece las ocho horas de trabajo.

La ironía de la respuesta hizo inclinarse la cabeza a los obispos que lo escuchaban.

Porque Edison es un trabajador infatigable.